



El zoológico visto desde el aire.

El bienestar de los animales y el despojo de los hombres

El verano de ese año en que acabé de componer el volumen de mi infancia reaparece, en la imprecisión normal de mi memoria, como uno de los más luminosos.² Todavía vivíamos en

² ¿Cuándo suceden los acontecimientos que el documento narra? Me inclino a pensar que durante el verano de 2015. En octubre de ese año el parque zoológico casi abandonado donde el autor nos dice que vivía fue adquirido, junto con las criaturas que quedaban, por una organización llamada Jungle Habitat Preserve, dedicada al cuidado de animales exóticos sin dueño. El sitio está no muy lejos de la ciudad de Orlando, frente a una autopista que pasa muy cerca, al norte, de Disney World, atraviesa casi la ciudad de Celebración y gira hacia el sur antes de entrar en Kissimmee.

las instalaciones del zoológico clausurado que mi padre antes había dirigido, a la vera de la autopista 192, que, en el dramático Estado de Florida, nace en el País de los Lagos y desemboca en las peladas playas de Indialántica. En el curso de su recorrido pasa por los antiguos campos de la familia de los Bronson, donde a partir de la segunda mitad de los sesenta los herederos del Maestro construyeron el Mundo de Walt Disney y, más tarde, la ciudad de Celebración. Nuestro parque se había inaugurado unos pocos años después que el de Disney. Su fundador fue movido por el mismo optimismo que cobró a tantos otros pobladores de esta región pantanosa, que antes estaba plagada de serpientes y cocodrilos, pero se volvía, a velocidad de vértigo, el lugar donde desembocaban las corrientes de turistas que atravesaban el país. Parecía razonable suponer que instituciones más modestas que el Mundo de Walt Disney podrían prosperar recibiendo a los visitantes que se cansaran de los espectáculos que les proponían las corporaciones o buscaran entretenimientos más baratos. El nombre que Cecil Browning, el fundador, le dio a su establecimiento fue el de Zoológico del Safari en la Tierra de los Cocodrilos. Cuando abrió, tenía mil seiscientos animales y pájaros exóticos. Los primeros años fueron exitosos, pero pronto la competencia de las atracciones se volvió muy severa, y cada vez se alojaban menos huéspedes en el motel, muy simple, que el fundador hizo construir junto a la playa de estacionamiento que adornaba el enorme cocodrilo que pueden ver en las viejas fotos.

Los problemas de la compañía se fueron agravando a medida que progresaba la década de los ochenta, cuando la admi-

nistración del estado comenzó a recibir históricas acusaciones por el maltrato de los animales en los zoológicos (en el Bosque de Brevard o los Jardines Maravillosos de los Everglades). Una inspección que realizaron en secreto en nuestro parque miembros de la Sociedad por el Tratamiento Humano de los Animales determinó que las criaturas sufrían daños psicológicos y físicos que había que considerar intolerables. La Sociedad no tenía la capacidad legal de iniciar acciones contra Browning, pero sin duda fue la presión de sus activistas lo que impulsó al Departamento de Agricultura a realizar, en 1990, una investigación sorpresiva, conducida por docenas de funcionarios, tras la cual los responsables del Zoológico del Safari en la Tierra de



El Gator Motel.

los Cocodrilos fueron denunciados por lo pésimo de las condiciones sanitarias de las instalaciones, lo decadente de la estructura de las jaulas, la escasez de tratamientos para los animales enfermos, las montañas de estiércol en las secciones de los monos, la calvicie y la anemia de los cerdos.

El fundador, sin embargo, no reconoció el derecho del Departamento de Agricultura de regular su institución y rehusó la orden de erigir las nuevas vallas que ahora le exigen para mantener más estrictamente segregadas a las hienas, las serpientes, los leones. A los tigres de Siberia y de Bengala. Rehusó también designar un abogado que lo representara en aquellas audiencias memorables en las que atacó a los inspectores que no sabían, según les gritó desde su estrado, distinguir entre la mierda de los monos viejos y la de los monos que sufrían de diarrea. El jurado desestimó sus argumentos y, al perder el juicio, Browning vendió el zoológico a un grupo de inversores anónimos de Orlando que años después le delegaron a mi padre la dirección del torturado establecimiento. ¿Por qué a mi padre? Por cierta acción extraordinaria que cumplió durante el curso de una crisis, movilizando destrezas que le debía al azar de su nacimiento.

Su familia había residido en el estado desde la tercera década del siglo XIX, cuando Florida era, para la élites del norte, un paraje tan indeseable y tan exótico como las tierras del Brasil. El primero de los antepasados de los que teníamos noticia había integrado un contingente de voluntarios de Missouri atraídos por las oportunidades que ofrecía la Segunda Guerra de los Seminolas, que culminó en la aniquilación de este pue-

blo que había dominado la región central de la península. Libró su primera batalla importante en las costas barrosas del Lago Okeechobee, donde desemboca el pausado río Kissimmee, y cuando el gobierno federal, después de la rendición de los nativos, les concedió a los combatientes parcelas de terreno incultivable, escogió este sitio como sede para la familia que formó. En la segunda década del siglo XX, sus descendientes construyeron una estación de servicio a la vera de la ruta 27 que conduce a Miami y, cuando los visitantes del norte empezaron a acudir en masa a las playas del Atlántico, mi abuelo convirtió el modesto edificio en el centro de un establecimiento que bautizó con el nombre de País de los Caimanes de los Everglades. Allí exhibía, para los pocos turistas que resolvían detenerse, los animales que atrapaba en el lago y sus entornos. Pero una noche de 1965, cazadores clandestinos ingresaron al parque por la noche para asesinar a sus criaturas y quedarse con sus pieles. Por la mañana eran docenas los reptiles que mi abuelo encontró despellejados. El horror de esta carnicería, cuyas fotos publicaron los periódicos, llevó a la legislatura a iniciar los debates y a definir los pactos que concluyeron en el acta de 1967, que determinó que los caimanes serían, en adelante, una especie protegida, y que se les debía, en el cautiverio, un tratamiento que mi abuelo, otra vez en la indigencia, no podría darles. La familia vendió por nada los terrenos junto al lago Okeechobee y todos se mudaron al norte.

Establecieron su nueva residencia en Kissimmee. Allí creció mi padre, hijo de un matrimonio que ya no regía sobre manadas de animales en los dominios pantanosos. Ahora se veían

obligados a integrar las multitudes de hombres y mujeres vestidos con uniformes celestes o amarillos que proveían los servicios a los parques, los hoteles, los clubs de golf, los condominios. Su madre trabajaba en la alimentación y la limpieza: en la preparación de las comidas que les servían a los visitantes en los puestos del Mundo de Walt Disney, en la limpieza de los cuartos del pueblo de Celebración. Su padre, mi abuelo, aprovechando su destreza con las armas, se empleó en la rama de la seguridad y fue desembocando, de trabajo en trabajo, en el departamento de custodia del aeropuerto regional. Pero la rabia que le causaba la pérdida de su anterior estatus lo llevaba a incurrir en agresiones inesperadas a otros empleados, y tras una tarde en que se lanzó a correr por las pistas agitando los puños en dirección a las avionetas que no dejaban de partir o aterrizar, lo dejaron cesante. Debe haber sido en esos días que, gracias a los contactos que había hecho en los bares que se alinean, en Kissimmee, a lo largo de Neptune Road, fue contratado por el servicio de seguridad del Castillo Italiano, un club nocturno en las afueras de la ciudad, donde los asistentes podían apostar en el juego de *bolita* e intercambiar favores sexuales por dinero.

De allí lo recogió mi abuela muy temprano por la mañana, cuando llevaba a su hijo al colegio, y el custodio les contaba con enorme excitación los eventos de la noche, los reflejos de la luz giratoria en las paredes, los gritos de los triunfadores en la lotería, los susurros y el sigilo del andar de las mujeres, pero de repente volvía a quejarse de la pérdida de sus territorios ancestrales. Y declaraba no saber si celebraba o lamentaba que en

la guerra que por entonces disputaban los grupos tradicionales de la *maffia* y los nuevos *gangs* latinos fueran estos últimos los que prevalecían. Cada vez con más frecuencia les comunicaba las noticias de los enfrentamientos, enumeraba los cadáveres, y comparaba estos hechos con los que la tradición de la familia conservaba desde la época de la Guerra de los Seminolas. A mi padre lo fascinaban las historias de todos esos guerreros: los hombres de Missouri en su combate con los indios, los cubanos en combate con los sicilianos, y mezclaba los nombres de unos y otros, Santo Trafficante Jr., líder de la *maffia* de Ybor City, y José Miguel Battle, comandante de la criminalidad cubana, el General Wiley Thompson y el legendario jefe Osceola. Luego inscribía estos nombres en los cuadernos que llevaba a la escuela que muy pronto abandonó.

Cuando lo hizo, su padre consiguió que el Castillo Italiano lo empleara como mandadero, transportando paquetes y mensajes en una bicicleta con motor. Y le fue enseñando el arte de las armas a este hombre joven e impaciente que, al ser rechazado en su intento de integrarse al cuerpo de Marines, se enroló en la Guardia Nacional. Al concluir sus dos años de servicio, regresó a la ciudad y se empleó, durante el día, como asistente en la cocina del motel de nuestro parque y, por la noche, como barista en varios establecimientos de Neptune Road. Ya había pasado por el primero de sus matrimonios y su único divorcio cuando conoció a mi madre, a quien encontró bebiendo sola en uno de aquellos bares que atendía. Ella le dijo que vivía en Nueva York y visitaba la región a título de institutriz de los niños de un empresario que ahora mismo se alojaba en un hotel

en el Mundo de Walt Disney. Le preguntó si podía tomarle algunas fotos. Recién cuando los dos salieron del bar él le notó a su acompañante la renguera. Pasaron la noche en la casa rodante que mi padre por entonces estacionaba en el Country Club Village Mobile Home, pegado al Club de Golf de Kissimmee. Cuando había avanzado ya la madrugada la llevó hasta la Villa de la Polinesia, a que se reuniera con sus empleados. Intercambiaron números de teléfono. Era el año de 1996.

El verano de 1997, el Zoológico del Safari en la Tierra de los Cocodrilos, nuestro parque, había reabierto con el nombre de Tierra de la Jungla. 1997 fue el año de las grandes inundaciones. Fue el año en que, por las pesadas lluvias, se rompieron las



Vista de la zona inundada.

paredes de uno de los depósitos de agua ácida en una planta de fosfatos sobre la ruta estatal 60, y más de doscientos millones de litros del líquido se precipitaron en el río Alafia. La polución, en su paso hacia la desembocadura en la Bahía de Hillsborough, mató todo lo que encontraba a su paso: cientos de miles de peces, moluscos, árboles, ratas, cocodrilos. Y en nuestra región, las lluvias desbordaron las corrientes y abrieron las napas hasta que virtualmente todo el parque estuvo cubierto por el agua. La inundación forzó el desalojo de las jaulas y el traslado de los animales y, a mediados de diciembre de ese año, cuando un grupo de trabajadores incitaban a una enorme leonesa a que pasara de su vasto espacio habitual a la pequeña caja de metal en la que se la llevarían, un descuido le permitió a la fiera escaparse. Se ocultó en el pantanal que se había formado en lo que antes era el parque. Su nombre era Nala. Una veintena de agentes, algunos de ellos montados en un helicóptero provisto de luces infrarrojas, la buscaron durante dos días, entre la alarma creciente de los turistas y los pobladores de los barrios segregados más vecinos, pero fue mi padre el que la encontró, junto a la puerta de la breve cocina del motel, y la redujo.

De ese modo se inició su ascenso en la jerarquía, y a los pocos meses, a medida que los veterinarios y los técnicos abandonaban sus puestos de trabajo, se fue convirtiendo en director. Al concluir su progresión, llamó a mi madre, la invitó a que se le uniera. Le habrá hablado de la belleza del lugar, de lo raro de los animales. Y mi madre, que acababa de perder su posición con aquella familia de Nueva York, se instaló en el hogar

que mi padre había montado en el motel. Se trajo sus caballetes, sus pinturas y las reliquias de familia que conservaba. Y así fue que esta pareja de individuos tan diferentes se pusieron juntos a plantar las bases de un impreciso imperio.

Pero el esplendor que imaginaban no se materializó. A partir del año de la inundación, las fuerzas del gobierno no se despegaron de ellos. A finales del año 2001, el año de mi nacimiento, el canal de televisión local transmitió la noticia de que la Comisión de Conservación de la Vida Silvestre de Florida estaba a punto de demandar a nuestro parque porque «las instalaciones sufren —dijeron— de severos problemas de desagüe», las jaulas estaban a medias podridas, las vallas eran demasiado débiles, los animales se morían entre aullidos. Mi padre fue el encargado de retirar los ejemplares que quedaban de las zonas de visita y encontrar, si era posible, compradores. Los inversores anónimos de Orlando habían perdido la voluntad de mantener abierta la institución ahora que, desde la apertura del parque temático de los Estudios Universal, los turistas preferían las reproducciones absurdas de animales prehistóricos que, aprovechando el furor de *Parque Jurásico*, les ofrecían: preferían estos burdos y pulidos mecanismos a los seres secretos y caóticos, de carne y de sangre, que nosotros les mostrábamos. Por otra parte, los problemas de la propiedad eran graves: la inundación nunca acabó de retirarse y, debido a las filtraciones de los yacimientos de fosfato que eran constantes por toda la región, las algas crecían en las aguas bajas, plagadas, por otra parte, de anguilas. La inundación había sumergido varias de las jaulas, las que estaban en el terreno que

iba descendiendo hacia la parte trasera del vasto terreno, que cerraba la curva del Boulevard de los Cuatro Vientos, en dirección a la ciudad de Celebración. Ahora el agua nos llegaba casi hasta la cintura cuando caminábamos hacia la red de túneles y cuevas que había sido el serpentario, hacia los corrales de las cebras y las llamas.

Claro que ya no quedaban ni llamas ni cebras. Desde hacía mucho tiempo los inversionistas habían dejado de enviarnos el dinero que necesitábamos para mantener las instalaciones hasta el momento en que pudiéramos reabrir las. Mi padre, por eso, había debido recurrir a los contactos adquiridos en sus años en los servicios de seguridad, los que controlaban las redes de comercio ilegal en la región y lo ayudaban a encontrar compradores para los pavos reales, los lagartos, los lince. Pronto no restaban sino algunos miembros de las especies más comunes, las criaturas de granja, las cabras, cerdos y faisanes. Tal vez fuera por eso —yo pensaba— que las visitas de los hombres de Rusia se iban haciendo más frecuentes. Y por eso, suponía, mi padre había descuidado la conservación del parque, y solo reparaba y limpiaba algunos de los edificios: el breve teatro de cemento rodeado de hileras de gradas donde antes se exhibían los mejores cocodrilos cuando, a las dos de cada tarde, los alimentábamos y el laberinto breve de las instalaciones dedicadas a los felinos, en cuyo centro había una espléndida jaula octogonal en cuya bóveda ahora anidaban los murciélagos. En el observatorio de los cocodrilos los hombres de Rusia realizaban los conciertos que eran, a la vez, ocasiones para ensayar otra vez sus canciones, para exponer la habilidad

de sus mujeres y oportunidades para reclutar, entre los pocos invitados que admitían, miembros que se les unieran en la interminable trayectoria. Pero ese verano este sitio fue la escena del acto más extremo, el que pensaban que les permitiría convertirse, por fin, en lo que estaban destinados a ser: la ceremonia funeraria, el sacrificio que tal vez hubieran creído que jamás celebrarían. En cuanto a la jaula octagonal, resultó ser el sitio perfecto para exponer el cadáver del difunto en el velorio que, confusos y aterrados, mantuvieron durante los días precedentes.

Cuando venían a vivir en nuestro parque, se establecían en el edificio que antes servía como alojamiento para los técnicos y los veterinarios. El ámbito principal de este edificio era una sala, no muy ancha y larga, donde mi padre había instalado una docena de camas de metal pintado de amarillo pálido que había comprado en las liquidaciones que siguieron al cierre del hospital público donde los trabajadores se atendían. Para que este espacio fuera más amable, había instalado en las ventanas cortinas que, según decía, eran idénticas a las que tenía en las mejores épocas del parque. Pegado al salón donde los hombres de Rusia dormían, había una serie de cubículos que seguramente habrían sido las oficinas donde trabajaban los empleados, además de un cuarto de paredes de azulejo que se emplearía para las esporádicas cirugías (habíamos decorado este sitio con piezas de instrumental médico que mi padre había comprado en aquella liquidación y que nuestros visitantes podrían usar, si lo querían). Los cubículos eran la residencia de las mujeres que mi padre llamaba, alternativamente, sus

«sirvientas» o sus «novias», para diferenciarlas de las otras, las cautivas: a estas las llevaban a la hilera de jaulas, cubiertas de lona, que solían alojar a los chimpancés y los babuinos.

¿Y nosotros? Nos habíamos reservado el ala sur del motel, donde mi padre, derrumbando algunas paredes interiores, había construido un gran salón flanqueado por la cocina que era nuestro sitio preferido. En el piso superior estaban los dormitorios (el de mis padres y el mío), además de un pequeño estudio donde mi madre pintaba las escenas intrincadas que decoraban el salón. Desde allí no era difícil escuchar los alaridos de los pocos animales que aun vivían en el parque y cumplir los turnos de la vigilancia que minuciosamente practicábamos para que no nos sorprendieran los intrusos.